

7/5/56

# Ray Bradbury: Ciencia y Ficción

por Sebastián Salazar Bondy

Es frecuente la aparición de un nuevo novelista, pero no es cosa de todos los días el nacimiento de un género novelesco. El caso de Ray Bradbury tiene como atractivo esta segunda característica: se ha convertido en el maestro —en el clásico, podríamos decir— de la *science-fiction* o *scientifiction* a través de unos cuantos libros que primero el ávido público norteamericano y ahora el de otros países, inclusive, gracias a las ediciones argentinas, él de Latinoamérica, devoran con interés y pasión. Se trata de un género, surgido al conjuro de las revelaciones astronómicas, cuya primigenia etapa se cumplió en las historietas y las narraciones ingenuas de los magazines populares, pero que hoy, por suerte de su acogida entre algunas plumas inteligentes, ha entrado en un proceso de perfeccionamiento extraordinario. Bradbury, precisamente, es el que mejor ha utilizado la inquietante idea de la conquista científica de otros planetas por el hombre para dar vida a una obra literaria que los críticos colocan al lado de la de Poe, James, Hemingway y Steinbeck.

No fue menos modesta la germinación de la novela policial, que llegara a la maestría más alta, al punto de preocupar seriamente a los más severos ensayistas y sociólogos. Al principio, el género policiaco fue considerado por los profesionales de la literatura como un pariente pobre, y excepto Poe, a quien se reconocían valores muy particulares, muy pocos nombres de esa especie merecían una atención detenida. El auge de este relato se cumplió cuando escritores de gran dominio técnico, poetas y hasta filósofos utilizaron el crimen y sus complicaciones más sutiles como asuntos de sus obras. Con Bradbury ha comenzado a ocurrir lo mismo. Sus novelas "Crónicas Marcianas" y "El Hombre Ilustrado" —ambas ya en español— atrajeron sobre este solitario periodista de Illinois, que en la actualidad cuenta con sólo 36 años, la preocupación de los estudiosos del fenómeno literario. Aparte de la magistral fantasía de que hace gala, Bradbury posee un fino sentido del humor, una disposición lírica singular, un oficio notable y un espíritu melancólico que informa desde la primera página sus extrañas narraciones.

"¿Qué ha hecho este hombre de Illinois —se ha preguntado Borges, el gran cuentista argentino— para que episodios de la conquista de otro planeta me llenen de terror y de soledad? ¿Cómo pueden tocarme estas fantasías, y de una manera tan íntima?". Y se ha respondido: "Toda literatura es simbólica; hay unas pocas experiencias fundamentales y es indiferente que un escritor, para transmitir las, recurra a lo "fantástico" o a lo "real", a Macbeth o a Raskolnikov, a la invasión de Bélgica en agosto de 1914 o a una invasión de Marte". En verdad, podemos añadir, lo que en "Crónicas Marcianas" nos aterroriza es la desaparición de una humanidad (la de Marte) por la violenta irrupción de los humanos, de los terrestres. Contemplada desde el punto de vista de los invadidos,

considerada la acción —al revés de Wells en su inolvidable "La Guerra de los Mundos"— desde la otra orilla sideral, sobre todo si se piensa que ahí prosperaba un sistema de perfección moral y material adquirido mediante siglos y siglos de cultura, a destrucción del otro planeta es una forma del horror.

"Nosotros, los habitantes de la Tierra —dice uno de los invasores, el único que se rebela contra su propia índole y defiende a la raza vejada—, tenemos un talento especial para arruinar todo lo noble, todo lo hermoso. No pusimos quioscos de salchichas calientes en el templo egipcio de Karnak, sólo porque quedaban a trasmano y el negocio no podía dar grandes utilidades. Y Egipto es una pequeña parte de la Tierra. Pero aquí todo es antiguo y diferente. Nos instalaremos en alguna parte y lo estropearemos todo. Llamaremos al canal, canal Rockefeller; a la montaña, pico del Rey Jorge, y al mar, mar de Dupont; y habrá ciudades con nombres como Roosevelt, Lincoln y Coolidge, y esos nombres nunca tendrán sentido... Ellos saben que estamos aquí esta noche, escupiendo su casa; puedo imaginar cómo nos odian". Bradbury habla de los hombres: es una manera de ser realista, una manera de rechazar el imperio mortal que llevamos por doquier.

"Crónicas Marcianas" comienza en enero de 1999, cuando sale el primer cohete terráqueo rumbo a Marte, y concluye en octubre de 2026, cuando, destruida la Tierra y exterminada la raza de Marte, una familia escapada de la hecatombe de nuestro mundo se establece, como Noé, en el planeta conquistado. Noé se llama William Thomas y sus hijos, los padres de la nueva humanidad, son unos niños que se miran los rostros en las onduladas aguas de un canal solitario. Entre la primera fecha y la última se suceden cuatro expediciones. La cuarta, que es la triunfante, lleva la varicela —esa inocente enfermedad— a Marte, víctimas de la cual desaparecen de la superficie del planeta descubierto sus habitantes, unos seres hermosos y delicados, dueños de un sentido hipnótico maravilloso, inventores de libros musicales, naves para la arena, luz siseante y pájaros de fuego. Como verdaderos conquistadores los hombres fundan sus ciudades, instalan sus maquinarias, levantan su régimen, hacen camppear su horrible vulgaridad, hasta que, llamados por la guerra, vuelven a su origen. Una explosión verde anuncia que la Tierra ha terminado, pero en Marte tampoco queda nadie.

Es el libro triste de un escritor triste. La imaginación de Bradbury es cruel y brillante, porque si bien nos deslumbra no nos perdona el sueño que él mismo nos brinda arrebatándonos toda esperanza. ¿Una nueva forma de la evasión? Quizá. ¿Un intento de fracturar por la ciencia y la ficción el misterio? Positivamente sí. Ante todo, la obra de este poeta norteamericano tiene el sello peculiar de la creación perdurable y es, en síntesis, la palabra desgarrada de un nuevo y valiente genio.